
Creación



Filo

Olga Muñoz Carrasco

El deseo
no se estanca
al igual
que no se parcela
la espiga
ni el aguacero
se fragmenta
el paisaje
se modifica
a su aire
ese mismo aire
se dispersa
sin explicaciones
en resumen
aquello
que acontece
reacciona
a un impulso
desconocido
pero a algo
responde
no seamos
tan ingenuos
de pensar
que la sed

desaparece
por saciarnos
jamás se vio
un final
en aquello
que no
termina

Cada palabra
desplaza
llegan
de lejos
términos
previos
a la memoria
un archivo
inaccesible
materializándose
línea
a línea
nos entregamos
a ese goteo
que nos muestra
la procedencia
descubrimos
la razón
de los cuerpos
para estar
hechos pedazos
y he aquí
algunas
soluciones

parciales
adherirnos
al otro
sollozar
hasta perder
la voz
o mejor
sencillamente
entregarse
como animal
enloquecido
disponerse
a la urgencia
tanto como
al desplome

Entrar en apnea
dejar
de respirar
diez segundos
treinta
más
que ese tiempo
se expanda
pierda
su sentido
y pase a fijar
la medida
del pestaño
la inmovilidad
como declaración
de principios

el mundo
apenas se agita
otra percepción
es un engaño
del ojo humano
no podemos
atenernos
a simplificaciones
el aprendizaje
de lo quieto
ha de empezar
por nosotros mismos
dando ejemplo
frente a un árbol
mirando
un vaso
con agua
o escuchando
el canto
sin inmutarnos
atados al mástil
como Ulises

Es como empezar
a andar
tras una caída
trastabillarse
supone
el menor
de los riesgos
bien pensado

esta situación
obliga
a replantearse
el peso
el balanceo
con el fin
de acoger
el nuevo paso
especialmente
sus contradicciones
esto es
una cojera
heredada
y al tiempo
músculos
potentes
dispuestos
a demostrar
su solidez
quizá
esta vez
habría
que confiar
cuándo
si no

Un coro
de voces
atosiga
se superpone
a la pureza

del rugido
no sabemos
a cuántos
kilómetros
se nos escucha
bramar
tampoco
si existen
receptores
específicos
de apareamiento
o de peligro
pero
en último término
algún animal
se hará cargo
todo acaba
encontrando
su raíl
una vía remota
que nos deposita
en el entorno
más propicio
para la inclemencia
y sus bendiciones

Mirarse
de arriba
abajo
y contestar
lo más

honestamente
posible
hasta cuándo
vamos
a habitar
rincones
que nos dejan
más fuera
que dentro
a quiénes
otorgamos
el derecho
de recordarnos
el precipicio
y por último
cuál
de las posibles
escenas
refleja mejor
esta desorientación
si una llamada
enardecida
al baile
o la admiración
silenciosa
del movimiento
en otros
cuando realmente
solo necesitamos
saber
qué vinimos
a hacer
a este mundo

La trayectoria poética de Olga Muñoz Carrasco (Madrid, 1973) se condensa en los libros *La caja de música* (Madrid, Fundación Inquietudes/Asociación Poética Caudal, 2011), *El plazo* (Madrid, Amargord, 2012), *Cada palabra una ceniza blanca* (Valencia, Ejemplar Único, 2013), *Cráter, danza* (Barcelona, Calambur, 2016), *15 Filos* (Madrid, Cartonera del Escorpión Azul, 2021), *Tapiz rojo con pájaros* (Madrid, Bala Perdida, 2021) y *Filo* (inédito).

Es profesora en la Universidad Complutense de Madrid. En Lima se editó su monografía *Sigiloso desvelo. La poesía de Blanca Varela* (Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007), que había recibido el Premio Extraordinario de Doctorado. Preparó la antología de Blanca Varela *Y todo debe ser mentira* (Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020) y publicó en Francia su estudio *Palabras para un canto. La escritura en espiral de Blanca Varela* (París, Belin Éducation/Humensis, 2022). Numerosos trabajos suyos dedicados a la poesía hispanoamericana y española han aparecido en publicaciones periódicas especializadas. Ha formado parte durante todo su recorrido del proyecto de investigación «El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica», fruto del cual publicó el libro *Perú y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (Madrid, Calambur, 2013). En la actualidad es investigadora en el proyecto «Biodiversidad poética. Representación de las aves y competencia ornitológica en la poesía latinoamericana (БИОРОЕТ)», que estudia la presencia de los pájaros en la poesía hispanoamericana de los siglos xx y xxi.

Decían que ella había muerto

Edison Gabriel Paucar

DECÍAN QUE ELLA HABÍA MUERTO ahogada en la zona costera de Esmeraldas, y lo que vino a este mendigo pueblo fue su alma roñosa, nomás para maldecirnos; otros rumoreaban que seguía con vida y lo que se chamuscó en la casucha fueron tres viejos enclenques que quisieron abusar de su sombra una madrugada de copas; mientras amá contaba que estiró la pata junto a ese chamaco malagradecido de Ariel, la noche de plenilunio cuando todos nos emborrachamos en la plaza, y solo nos percatamos de la humarada negra a la madrugada.

Como se da cuenta, mi cabo Zambrano, hay muchos chismes sobre la bruja; por eso prefiero hablar quedito en asuntos que me valen un rábano. No por miedo, sino para evitar enredarme con trapos sucios. Aquí, en el poblado de Buenos Aires, a los que ladran mucho les mochan la cabeza: «con eso hay menos sapos parloteando cojudeces», dicen. Así que nomás le contaré un secreto a voces. Caso contrario, podríamos amanecer con el cuerpo desmembrado.

De ella se murmuraba que era él y se vestía con velo para que no le vieran las cicatrices del cuerpo con la luz del día. Los cabrones que la frecuentaban por la noche, en cambio, decían que no tenía heridas en su piel ni una verga gruesa: «Es una exquisita montuvia, ñaño, gata y colorada, con cintura de yegua y pechos de nieve». A estos caballos hay que ponerles atención, Zambrano, porque la tenían cerca y sus versiones podrían ser las más verídicas. Ellos la buscaban siempre en esa choza mugrienta a las afueras del pueblo, donde ocurrió la tragedia la noche de luna llena. Y es que en esa covacha se disputaban el único cupo diario hacia la bruja. Con fajos de dinero, todos esos mineros se postraban en la puerta de rodillas, con botellas de aguardiente, canastas

de comida, mil promesas; y cuando la túnica oscurecida se postraba en el umbral, un silencio estremecedor acurrucaba el lugar, hasta que el elegido saltaba de júbilo al poder ingresar a su aposento.

Y sabe, nomás el diablo conoce qué hacían dentro de esas paredes, porque cuando uno les preguntaba, los muy hijueputas se quedaban callados, con cara de bobos, y al rato cambiaban la conversación. Lo que sí, y esto me consta, es que después de pasar la noche con la bruja, asomaban tempranito, duchados, con el aliento a alcohol, y ahí empezaban a recorrer la plaza, entre la mirada de los cachudos, buscando chamacos embobados con el vicio para que les hagan montón y avancen juntos a la montaña a picar piedra.

Luego de unos días se los veía regresar al pueblo, con maletas o costales llenos de rocas pastosas de oro. Y la gente murmuraba que los mineros, antes de buscar el tesoro, visitaban esa maldita casa dizque para quitarse la mala suerte e implorar una lluvia de fortuna. Ajá, clamaban por esa dorada opacidad y realizaban todos la cábala. Aunque siempre ganaban un lugar Wicho, Sancho y Raúl; tres veteranos en el arte del pico y la pala; sabuesos de materia prima, Zambrano.

De esos caballos se decía que eran los responsables del primer decapitado en Buenos Aires. Pero eran puras especulaciones: nunca se supo qué mismo pasó. Porque cuando alguien desaparecía o asomaba cortado en partes, nadie indagaba por temor, mariconada o insignificancia. ¡Qué sé yo! Lo cierto es que, hasta hoy, las abuelas se reúnen cada tanto para rezarle a la virgencita de La Merced y espantar a los malos espíritus, y solo los abuelos se atreven a retirar los cadáveres para botarlos en las fosas comunes cerca a la última montaña, allá, en La Ciudad de Plástico. Ahí dicen que hay decenas de fallecidos, pero sabrá Dios si es cierto. Yo prefiero no averiguarlo; si no, ¡zas!, me rajan. Así que nomás le cuento lo comprobado: todos los mineros se acostumbraron a dormir con la bruja antes de partir a los yacimientos. Hasta la mañana lluviosa cuando arribó ese chamaco confanzudo de Ariel. Y lo digo porque el muy hijueputa apenas pisó el pueblo, mostró unos fajotes de dinero y se coló en una tiendita cerca de la plaza, sediento de licor. Ya

medio zonzo, contó que su plata la ganó honradamente en La Ciudad de Plástico: dizque allá organizaba peleas de perros y nunca iba solo a las discotecas, sino acompañado de peladitas ultracalibradas. Y en esa tiradera, mostraba los billetes a cualquier huevón que pasaba por su costado, invitándolo a tomar cerveza con desesperación.

Ariel se emborrachó y, al rato, a cuatro muchachos les pidió que lo llevaran con la bruja. Esos guambras fumones titubearon un instante; pero cuando él les tiró unas monedas, aceptaron y lo cargaron de los hombros, dejándole botado frente a la puerta mugrienta. Solitario, chisposo, con un delirio agrídulce, el cabrón apenas se logró poner de pie, apoyando su cuerpo en la sombría infraestructura y, sosteniendo la manija, como intentando empujar, alcanzó a dar una patada de buey a ese portón despostillado e ingresó a la guarida apestosa, sin pedir permiso a nadie. Y ahí el muy mamón desapareció. Los pueblerinos no sabíamos qué había ocurrido con él. Wicho, Sancho y Raúl quisieron entrar a la casa armados; sin embargo, el resto del gremio no los dejó, Zambrano, advirtiéndoles que esperaran; caso contrario, por chingones calenturientos, podrían meterse en problemas. Para matar el tiempo y dispersar la incertidumbre, el trío de viejos mejor buscó al cuarteto de chamacos que llevaron a Ariel a la casa de la bruja: les exigieron informar a la policía lo sucedido. «Caballos, pongan la denuncia por desaparición o secuestro». Así les calentaban los oídos a esos guambras que temblaban sin saber qué hacer, hasta que otro minero apareció y les dijo: «Si este pueblucho se llena de cerdos uniformados, se las tendrán que ver conmigo, maricones». Y mejor los enclenques se quedaron chatos, para mí que se mearon en los calzoncillos, Zambrano, creyendo que amanecerían sin cabeza.

Lo innegable, eso sí, fue que nadie cargó con el dilema. Unos se quedaron emborrachándose en las cantinas. Otros se largaron a la montaña sin realizar la cábala y volvieron con oro. Aunque no era la misma cantidad de antes, sirvió para sus vicios. Hasta que una tarde inesperada, ya cuando muchos olvidaron cumplir con ese ritualito de cuarta, asomó por la plaza Ariel, duchado y peinadito como si fuera

a una boda. Sin embargo, esa no sería la sorpresa más grande, sino su acompañante: por detrás surgió la bruja, con su peregrino velo, ahuyentado con su mano a los chiquillos que le chocaban por la calle. Yo, la verdad, no entendí lo qué sucedía. Nomás noté la silueta de ella cargando víveres y, antes de esfumarse por la puerta de su morada, le zampó un beso largo a su chamaco, con lengua y todo. Una imagen perturbadora, Zambrano. Pero qué más da.

Ariel entonces buscó a los cuatro chamacos fumones para que lo guíen a la montaña. Ellos vacilaron, mientras un murmullo caía sobre las calles polvorientas y sin pavimentar. Sin embargo, todas las dudas se marchitaron cuando los guambras cabrones vieron el dinero lanzado a sus pies. Se metieron esos billetes en sus sucios bolsillos, estrecharon la mano de su nuevo amo y partieron en medio de un sol cuarteado.

Sin el estorbo presente, los mineros aprovecharon la noche para ir a la casa de la bruja. Ahí merodearon por horas como cuadrúpedos en celo; hasta que, asqueada de verlos, ella asomó su silueta por el umbral, para confesarles que el ritual había terminado. Las risas se desataron porque nadie la tomaba en serio. Aunque con los minutos transcurridos y la gravedad del silencio, notaron al fin la tenebrosa verdad: la bruja se había comprometido. Lanzaron entonces piedrazos de rabia, tiraron escupitajos e insultos contra la casucha olorosa a azufre. Pero la voz retorcida, escondida tras el portón oscuro, ordenó que se esfumaran de una puta vez.

Unos mineros con temor, otros desilusionados, se marcharon del poblado a la mañana siguiente. Nomás los tres veteranos y un par de ingenuos se quedaron plantados en el lugar. Cuando los oriundos de Buenos Aires les sugerían que huyan y eviten molestias, ellos se reían o soltaban palabrotas o el famoso refrán: «No hay que darle bola a esa vieja loca». Para demostrar su quemeimportismo, partieron a la última montaña en busca de nueva riqueza. Sin embargo, ahora caminaron por pantanos extraños, rocas filosas y barrancos inestables para conseguir un par de piedras pastosas, con poco oro, que equivalían a una noche de vicios.

En cambio Ariel tenía pintada la suerte en el pecho, porque regresó la siguiente noche con tanta ganancia que parecía la primera vez que muchos mirábamos esas rocas premiadas con mineral aurífero. Y para celebrar, el chamaco sacó un fajo de billetes en medio de la plaza y pidió cerveza para los pobladores. ¡Caray, el tipazo se pasó!

Nadie le dijo no al alcohol. Todos bebimos como en el Inti Raymi, abalanzándonos sobre el trago, Zambrano. Yo me chumé tempranito, así que nomás recuerdo que vi a Ariel marchando a la casa de su futura señora, seguro a empotrarle. En la plaza nomás quedó su cuarteto de empleados, bebiendo y fumando droga, sin dar mayores explicaciones. Y casi sin advertirlo, estas escenas de bailes gratuitos con licor en exceso se repitieron en el poblado. La pachanga se extendía entre patanerías, peleas de borrachos y carcajadas de cachudos. Con excepción de los tres mineros veteranos que veían con recelo las parrandas, el resto de la gente esperábamos con ansias que el chamaco emprenda un nuevo viaje a la montaña y regrese con las piedritas de oro para empezar a emborracharnos.

Con estos antecedentes, Zambrano, yo creo que usted ya podrá saber qué ocurrió. Se habrá dado cuenta de que la poca importancia o el exceso de avaricia de esos cabrones quizá fue el detonante de su desaparición. Porque, indignados, Wicho, Sancho y Raúl solían gastarse las horas en la tienda, jugando parchís entre cervezas calientes o Ron Estelar, hablando de los viajes infructuosos a los yacimientos, planificando una posible venganza contra Ariel y su puta. Y es que así llamaban a la bruja desde que los echó de su casa. Por eso no es descabellado especular que el trío se dirigió allá la última vez, susurrando palabrotas en su contra, repasando una y otra vez la noche que los expulsó. Ahí golpearon con fuerza la puerta despintada. Pero como nadie respondió, rompieron el portón.

¿«Chistosos de mierda», dijo alguien? ¿O tal vez el diálogo fue más corto antes de la tragedia? Eso lo sabe solo Dios. Lo cierto es que a esa hora, Zambrano, había un bullicio de locos en el pueblo. La gente estaba chumada y, por si fuera poco, ponían música chichera a todo

volumen. Ya cuando amaneció, todavía con el trago en la cabeza, notamos una humareda negra y espesa alzándose a las afueras de Buenos Aires. El cuarteto de guambras fumones que escoltaban a Ariel se miraron asustados y, yendo a tropezones, arribaron al lugar donde estuvo levantada la casucha de la bruja. Según supe, los viejos ojo de plátano y lengua de sapo examinaron los escombros chamuscados, nomás para terminar embarrados de ceniza olorosa a mil demonios y encontrar, en una especie de sábana rostizada, a los destripados. La imagen estremeció a los presentes, que se santiguaron rápido antes de tirar los cuerpos en alguna fosa de La Ciudad de Plástico, señalando que fueron tres los cuerpos enterrados, mientras otros hablan de dos cadáveres. Zambrano, eso es todo lo que sé. Lo juro.

EDISON GABRIEL PAUCAR (Quito, 1988) es escritor y periodista. Publicó los libros *Malas compañías y otros caballos de Troya* (Premio Joaquín Gallegos Lara), *Once contra once* (Mención de Honor del Premio La Linares), *Mientras llega la lluvia* (Mención de Honor del Premio Darío Guevara Mayorga). Su pódcast *El sueño americano* obtuvo el premio de periodismo Eugenio Espejo. El cuento que hoy se presenta en *Guaragua* es parte del libro *Buenos Aires*, que se publicará en 2026.

Alquimia venial

Carlos Chimal

COMO TODAS LAS MAÑANAS, María de Poblete salió de su casa rumbo al convento de Regina Coeli. El semblante triste de su rostro pálido armonizaba con la amenaza de tormenta inesperada, premonitoria. Ranas de Moctezuma cruzaron por la calle, rumbo a unos matorrales inundados. No se permitía a sí misma emplear carruaje alguno, a pesar de su apellido. Tampoco alquilaba tamemes que podrían llevarla cargando en ancas; a sus ojos era innecesario, impúdico, pues el recinto religioso se hallaba a tiro de piedra, apenas a un cuarto de legua si uno caminaba sosteniendo el paso. Álamos y eucaliptos flanqueaban el camino.

A mediados de noviembre de 1648 la humedad calaba en los huesos. Iba rezando, pidiendo clemencia, ya que la noche anterior les había caído el chahuistle, a ella y a su familia. Su marido, el ilustre escribano Juan Pérez de Ribera, quien había amanecido tullido de las manos un día de enero de ese mismo año, también perdió los cabales durante la madrugada anterior, profiriendo cosas sin hilo, precisamente él, un dechado de orden y meticulosidad. Frases sin ton ni son, como:

—¡*Horror pectore...* Alboroto y motín... Vade retro... *Memento mori!*

María gritó en silencio, buscando la paciencia que había hecho santo a Job.

Antes de llegar al convento comenzó a caer un chubasco. No se esmeró en correr ni trató de encontrar refugio en la construcción abandonada adyacente. Un tameme le ofreció sus servicios de cargador. Lo rechazó. La cantera blanca de la iglesia en suspenso tampoco tenía nada que ofrecerle. Sacudió la aldaba del portón. Pronto salió a recibirla sor Andrea de la Santísima Trinidad, definidora de las monjas devotas de la Inmaculada Concepción que habitaban ahí.

—Apúrate, prima, que se enfría el chocolate.

María hizo una mueca, algo parecido a una sonrisa apagada. En realidad no eran primas de sangre, si bien cultivaban una estrecha amistad, en particular porque ambas eran aficionadas a las yerbas del campo que aliviaban a la gente de las ciudades, algo poco visto en un convento novohispano. Mezclas de polvos metálicos, cristalinos, a veces porosos; menjurjes a base de plantas y raíces; brebajes con gotas de venenos antiguos que, no obstante, curaban. Su curiosidad era tan larga como el horizonte y nítida como la silueta de los volcanes nevados. Antes de encontrarse con el resto de las monjas, que ya sorbían el líquido espeso, oscuro, la definidora quiso saber:

—¿De qué talante amaneció don Juan Pérez de Ribera?

—Del más inútil, peor que ayer —respondió María.

—¡Virgen Santísima!, ¿siguió tomándose el remedio que preparamos?

—Sí, pero todo el alivio que pareció traerle al principio a sus manos, desde esta mañana ha abandonado sus brazos enteros y la mitad de su cabeza.

Sor Andrea de la Santísima Trinidad sintió conmiseración por su compañera de un viaje discreto a la alquimia en el que se habían embarcado meses atrás.

—¿Y por qué no pruebas esto?

Le habló de lo que hacían las monjas carmelitas de Puebla con el fin de propagar la devoción de santa Teresa de Ávila.

—Sé lo que mientas, madre. Hornean panecitos, a los que luego les imprimen un sello con una imagen parecida a la santa. Los bendicen y los reparten por doquier. Tan populares se han hecho que llegan a los más recónditos poblados de la Nueva España.

—Empero, no se dan abasto. Así que nosotras empezamos a cocinarlos por nuestra cuenta. En el trajín muchos se quiebran y se hacen polvo, esos se los regalamos a los enfermos, sobre todo a los que no pueden tragar como Dios manda.

—¡Son milagrerías, supercherías! —objetó María, alarmada.

La monja rio de buena gana, si bien a oídos de María sonó un tanto impostada.

—Nadie afirma que sean milagrosos, pero es menester tomar en cuenta que solo pretenden aliviar el alma, una vez que la imagen de la santa de Ávila se ha internado en nuestros cuerpos corruptos. Pura natura invade las ciudades, previniendo calamidades. Ten, llévate estos polvos, difícilmente pueden hacerle más daño a tu marido del que ya padece.

María de Poblete se retiró, poco convencida de las razones que aducía sor Andrea de la Santísima Trinidad.

Caviló la tarde entera, si bien no dejó de atender a los indios que traían charales y patos del lago de Tláhuac. Por la noche no fue una sirvienta sino ella misma quien le subió la cena a su marido. Había puesto los polvos en un plato aparte, dudando de su milagrosidad. «El tiempo es un ladrón cuando muestras indecisión», pensó. Sin embargo, algo le decía que el pasado no sería más que un largo adiós.

Le vinieron a la cabeza imágenes de su marido corriendo detrás de su hermano, el chantre de la catedral de México, abandonando la sacristía de manera intempestiva. Juan de Poblete iba a todas luces contrariado, como si las llamas del averno estuviesen a punto de devorar su jubón y la ropilla que venía debajo. Predominaba el color negro sus finos forros de algodón.

—Ahora bien, ¿vuesa merced querrá tomar la cena?

Avanzaba penosamente dos pasos atrás un hombre de baja estatura y tullido de ambas manos. Arrastraba los zapatos, dentro de los cuales se levantaban sus cortas piernas, arropadas por medias de punto que exhibían no pocos rasguños. El ferreruelo que caía sobre su hombro izquierdo y espalda, se notaba luido. Juan Pérez de Ribera le acababa de contar al chantre, no sin preocupación, las novedades emprendedoras de su hermana María, con quien aquel pequeño hombre se había casado quince años antes y había engendrado seis hijos vivos, dos malogrados.

—Ahora bien, ahora bien... —dijo Juan de Poblete, impaciente, sentencioso—, el que profiere tal sandez, enfada, y provoca su muerte.

—Está empeñada en desenterrar los güesos de las voces con su alquimia venial —insistió Pérez de Ribera, compungido.

Encaminaron sus pasos a la casa del chantre, pues su cuñado y hermana, junto con sus hijos, vivían con él desde que, a principios de ese año; los dolores, sin mencionar la dificultad para desplazarse, se habían agudizado en la persona del ilustre escribano público de número, quien, por ende, tuvo que dejar su cargo. Las calles olían mal, se veían cadáveres de conejos de los volcanes y cacomixtles a la intemperie.

Llegaron a la residencia. Los niños gritaban y corrían, perseguidos por sus hermanas mayores.

—¿Dónde está su madre? —preguntó Juan de Poblete.

Pérez de Ribera fue a por ella. María se hallaba en una extensión de la cocina, alumbrada por un cirio pascual. Harta del corsé, se había deshecho de la prenda. Hallábase absorta en sus menjurjes, por lo que no escuchó los llamados de su esposo. Nada debía distraerla, las porciones líquidas, las pizcas, tenían su razón de ser. Pérez de Ribera insistió. Suspendió con fastidio sus menesteres, su hermano deseaba hablarle de un asunto peliagudo e impostergable: la afición que había adquirido de llevar a cabo prácticas paganas. Disipó sus recuerdos al entrar en la habitación donde su marido yacía postrado. El hombre sonrió levemente. Ella le acercó la charola, aunque decidió retirar el platito con los polvos y trozos de galleta bendita.

—¿Qué llevas ahí, mujer?

—No es nada, una galleta quebradiza.

—Por un momento creí que me iba a comer uno de tus menjurjes.

—Calla, que las paredes oyen.

—Querrás decir «cal y arena, reza por la morena».

—Delira vuesa merced.

—Nada más lejos, pues, entre otros menesteres, bien sé el día que hoy languidece.

—¿Y cuál es ese?

—Doce, de noviembre el doce, lo recordarán.

—¿Quiénes?

—Bellacos y santurronas.

—Déjate de afanes y duelos, narices de bellota. Duerme, esposo mío, duerme —dijo María con una voz susurrante.

En el caldo de gallina había derramado unas gotas de un extracto de ciertas flores blancas, de manera que el hombre no tardó en caer en un sueño profundo. Desde que había comenzado a enfermar María se mudó a otra habitación. En vez de dirigirse allá, abrió el candado del cuarto junto a la cocina, donde tenía sus artefactos alquímicos, y cerró la puerta tras de sí. Dado que los polvos y trozos de la galleta habían sido bendecidos, no podía tirarlos. Entonces se le ocurrió ponerlos en una solución acuosa a fin de preparar una masa nueva, hornearla y evitar así el desperdicio pecaminoso.

Cuando regresó, temprano por la mañana, grande fue su sorpresa al descubrir que la galleta original no se había disuelto, sino, por el contrario, había reunido sus partes, chupándose el agua en la que la había dejado la noche anterior. Asustada, no supo explicarse a sí misma por qué no había sido necesario emplear calor para completar el cocimiento y endurecimiento.

Lo primero que se le vino a la cabeza fue la figura escurridiza del maldoso hijo de doña Chole, la cocinera, y su mano intrusa. Mandó a traerlo. El escuincle negó haberse metido en el lugar, lloriqueó, con voz pícara y entrecortada por los mocos y lágrimas, afirmando que siempre estuvo cerrado, ¿cómo iba a entrar?, ¿atravesando las paredes?, ¿si no era ánima en pena! Ni media docena de varazos consiguieron hacerlo confesar.

Cinco días más tarde María retornó al convento. El intenso calor hizo más pesado el recorrido. Luego de ofrecerle sor Andrea de la Santísima Trinidad un vaso de agua con hielo del volcán, le contó lo sucedido. La tomó de las manos y la invitó a dar gracias a la madre de todos, la Virgen María, quien le permitía hablarse con la santa a través de una simple, y, no obstante, maravillosa transformación.

—El único camino es seguir probando —dijo con voz sedosa—. Tengo algunas otras galletas troceadas, llévatelas. A ver qué acontece.

Así lo hizo. Esa tarde breve, errática, del 17 de noviembre de 1648 depositó polvos y pedacería en la tinajuela que tenía a la mano, y, al cabo

de unas horas, en lugar de disolverse, obtuvo una galleta, más o menos redonda, consistente, como si alguien hubiese decidido reintegrar la estampa de santa Teresa, a como diera lugar. Cuidadosa como era con sus procedimientos alquímicos, utilizó la misma tinajuela de Jocotitlán el día siguiente. El resultado fue el mismo. Los panecitos solos se iban secando y endureciendo hasta quedar firmes, sin extraviar la imagen santa. Sin decir nada a nadie, caminó hasta la catedral, se hincó en un rincón, pidió misericordia.

—Si estoy siendo tentada, ¡ilumíname, Dios misericordioso! Sé bien que nadie soy para venir, reclamar y esperar una respuesta, mientras las ruedas del destino giran lentamente, triturando vidas aquí y allá.

La servidumbre comenzó a murmurar en tonos hostiles cuando María puso doble candado en su gabinete. Antes de la cena regresó su hermano, una vez cumplidos sus deberes en la catedral. Sin mayor preámbulo le pidió que subiera con ella, pues deseaba comunicarles algo a él y a su marido.

—Es cierto —dijo, aún incrédula, mientras mostraba una canasta con tres panecitos—, si echas los trozos y polvos benditos al agua, ¡estos se reintegran con la imagen de santa Teresa de Ávila!

—¡Callen barbas y hablen pujos! —exclamó Juan—. Vine en un santiamén y me topo con este sainete.

—Tienes a tus hijos en un tris —añadió Pérez de Ribera desde su lecho—, y a mí, como engendro de Chisgaravís.

—Y no es menor enojo el blasón de tener galleta en el ojo —continuó el chanfre.

Las galletas eran redondas y, en efecto, dejaban entrever facciones femeninas borrosas. María los instó a distinguir la silueta de una monja con una flecha clavada en el pecho. Su voz había encontrado matices cantarinos, inusuales en ella. Si, por azares del destino, entre los resquicios de alguna grieta se trasminaba lo artificial de su hallazgo, sin duda sombras de lo natural, el eco placentero de las palabras salidas de su boca neutralizaba cualquier duda. Únicamente el pan que ofrece la natura moldeada por Dios no enfada, discurrió Juan,

quien a la sazón era catedrático de teología en la Real Universidad de México.

—¡Prudencia, serenidad! —pidió con voz arisca.

Sintió pena por ella. La recordaba de pequeña, vivaz, curiosa, si bien voluntariosa, pues, sin decir agua va, se encerraba horas en su habitación. Durante algunos instantes tuvo la impresión de que su hermana estaba empeñada en confundir lo que emana de la naturaleza con lo que surge de lo artificioso. Dedujo que, desesperada por el inútil de su marido, aunado el agobio de criar a seis retoños, había tramado algo para llamar la atención de todos ellos. Era, pues, un grito de auxilio a los ocho vientos. María invitó a su marido a comer la galleta.

—La galleta que sí, la galleta que no, ¡te atrapó! —coreaban sus hijos.

Los ojos se le iluminaron, brillaron como ha tiempo no acontecía mientras masticaba la masa bendita. Se incorporó, abandonó el lecho. Pidió papel, tinta y pluma. «Este milagroso panecito me ha curado. Doy fe. P. de R.», escribió. Al día siguiente María de Poblete irrumpió en el convento.

—¡Escuchen y miren lo que ha pasado!

La silueta de una monja con una flecha en el pecho evocaba a santa Teresa de Ávila en una de las caras de los panecitos reintegrados. Sin salir de su asombro, las monjas revisaron el papel escrito por el tullido. Enseguida se hincaron, rezaron con fervor inusitado. Una sorpresa acompañaba la luz del Señor. María no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia. Las plantas de su pequeño jardín botánico, los polvos traídos de las minas de Taxco, Sultepec y Zumpango, los granos del trigo, el maíz y la cebada eran creación de Dios, ¿quién era ella para ponerlo en duda?

—Lo que yo sé es para mancos —dijo María a la monjas, con una voz que salió del fondo de su garganta—, pero este pan celestial ya no debe regalarse así como así, pues ha sido bendecido, verdad es. Empero, ¡el reintegro está santificado! Me ha costado creerlo... ¿No creen que va siendo hora de echar campanas al vuelo?... ¿Qué tal si me dan todas las galletas rotas?

Las monjas se mostraron reticentes, aunque al final estuvieron de acuerdo; era una mejor forma de deshacerse del bulto y, como les había prometido ella, algo bueno saldría del asunto.

Diligente, María mandó a dos sirvientes a que compraran media docena de tinajuelas de Jocotitlán en el Parián. Dedicó el resto de la tarde a rellenarlas. Horas después obtuvo, una vez más, panecitos más o menos redondos, reconstituidos, algunos macizos como piedra, otros descoloridos, blandengues, pero todos con una imagen humanoide estampada en la superficie.

Algunas monjas de Regina Coeli repartían ahora panecitos reintegrados entre leprosos, lobs, cambujos, ladinos, beodos, saltapatrás, jíbaros. Los indigentes no dejaron de serlo, pero se sintieron más felices, mientras que algunos desgraciados de familias criollas y mestizos, venidos los menos a más, los más a menos, no dejaban de asegurar que habían sanado cuando apenas llevaron su galleta a la boca. Sor Andrea prometió seguir enviándole a María de Poblete todos los panecitos rotos.

—¿Y si se acaban?

—Yo misma he de quebrarlos, prima, pierde cuidado.

Se miraron; sonrieron, maliciosas.

—Hablé entre burlas y mentiras, disculpa —reparó sor Andrea—, Jesucristo habrá de proveer.

Ahora María estaba frente a su hermano, una vez más, excitada por su hallazgo. Había intentado usar la imagen de otros santos, en vano. La única imagen que se reintegraba era la de santa Teresa. El chantre no tuvo más remedio que ceder ante su entusiasmo, olvidó sus propósitos al sentir su mirada, saturada de firmeza. Encogió los hombros y dejó que las cosas siguieran su curso.

—Un milagro al año no hace daño —le advirtió Pérez de Ribera.

Si bien el escribano no había podido siquiera levantar la pluma luego de ese inusitado suceso de los días anteriores, pronto la noticia corrió por la capital de la Nueva España.

En pocos meses el suministro de galletas rotas benditas resultó insuficiente. Su gabinete de curiosidades naturales se convirtió en un

oratorio. Después de cinco reconversiones milagrosas a lo largo de un año el chantre le pidió a su cuñado usar sus influencias y conseguir a un escribano que testificara la autenticidad del acto. Le advirtió que no lo hacía a título personal, sino por petición de sor Andrea y todas las monjas del convento de Regina Coeli.

Ni tardo ni perezoso, convencido de que algún día el milagro volvería a hacer efecto en él, Juan Pérez de Ribera mandó una misiva, escrita por un achichinle, dirigida a Miguel Pérez Lozano, quien hizo su aparición, miró los panecitos sin inmutarse, anotó unas frases en su cuaderno y se despidió. María lo atajó.

—Llévese uno, don Miguel. ¿Vuesa merced no tiene ningún pariente enfermo? Ándele.

Su fama cruzó los mares. En 1649, el obispo de Puebla, Juan de Palafox, antes de regresar a España, visitó la casa de los Poblete y también se llevó no uno, sino una docena de panecitos. Semanas después también se podía ver en las galletas de santa Teresa otro símbolo: JHS. En 1650 cientos de novohispanos esperaban, ansiosos, el día propicio en que doña María reintegrara nueva pedacería, salían a las calles y las plazas de la Nueva España a ver si podían aliviarse de la reuma, recuperar la milpa perdida en los dados o sanar esa herida que ya llevaba días apestando.

Hacia fines de 1652 comenzaron a escasear galletas quebradas. Tampoco lograban juntar suficiente polvo. Una mañana de noviembre se apersonó el capitán Juan de Chavarría Valera, compadre de Juan Pérez de Ribera. Al verlo postrado, se sintió tan compungido que no pudo contener el llanto. Aquel, envalentonado por la galleta que acababa de sopear en una tazón de chocolate espeso, le dijo:

—No debería afanarse vuesamerced; mire, mejor sería decir, pruebe los instrumentos que el Señor pone en nuestro camino.

—No entiendo...

Pérez de Ribera le explicó lo que las manos santas de su esposa conseguían.

—En tal caso, ¿puedo probar?

Enseguida, Pérez de Ribera pidió que fueran a buscar a su esposa. Al entrar en la habitación, el capitán se distrajo mostrando su espada a los dos hijos más pequeños de los anfitriones.

—Nuestro querido capitán quisiera llevarse un panecito de santa Teresa, ¿me haces favor?

Así fue como María de Poblete comenzó a utilizar panecitos reintegrados por ella misma. Con el tiempo la gente trajo los suyos. Para Pérez de Ribera quedó claro que no estaba en la galleta el milagro, sino en su manos maravillosas, transformadoras de la masa, cualquier masa, en galletas con la imagen de la santa. Llegó 1653. La gente del campo comenzó a olvidarse de su existencia, mientras que en las ciudades cundía la ansiedad y la incertidumbre.

Inquietos por las habladurías y testimonios encontrados, se apareció el comisario de los franciscanos en la Nueva España, fray Buenaventura de Salinas, acompañado de otros religiosos y dos escribanos reales, a fin de corroborar que los panecitos de la señora de Poblete surtían efecto, a diferencia de otros tantos fabricados por monjas y laicos aquí y allá.

Hubo quienes comenzaron a sospechar por el hecho de que no había más galletas rotas que sirvieran en las manos de María, excepto las provenientes de los carmelitas y los conventos poblanos. Empero, no deberían mostrarse desmemoriados, ya que no se trataba de ninguna mequetrefa. Era, entre otras cosas, hermana del doctor en menesteres eclesiásticos Miguel de Poblete, maestrescuela de la catedral de Puebla, canónigo de la Metropolitana, obispo en tierras tan lejanas como Managua y Manila, animador de las misiones jesuitas en los montes Maralaya.

El 17 de septiembre de ese año María preparó la masa. Temblaba, como en cada ocasión, nunca estaba segura de que volviera a materializarse el milagro de la reconstitución en la obscuridad de su gabinete convertido en oratorio. Sin que ella lo quisiera, surgió la imagen de su marido bailando en su cabeza. Saltaba, poseído, emitiendo risas estentóreas. Al sacar las galletas de las tinajuelas, notó que también aparecían llagas en la imagen de la santa, precisamente el día de las llagas de san Francisco.

La mañana del día siguiente Pérez de Ribera no respondió a los toquidos de la criada que le llevaba el desayuno. Desde entonces su hermano le ordenó que obrara milagros, esto es, María reconstituiría panecitos cuando él estuviera en su casa, ni antes ni después. Si tenía que salir, cerraba con llave el oratorio. La viuda lo tomó como una forma de penitencia, pues uno de los primeros milagros, cinco años atrás, había sido curar a su esposo, quien, horas después de comer no uno sino dos panecitos, se levantó de la cama, como si nada, y escribió sonetos.

Pero dado que la mañana siguiente Juan Pérez de Ribera volvió a estar tan tullido como antes, la servidumbre lo calificó de «morrogón», esto es, una persona falsa. Nada más lejano a la verdad, ya que su mal era vero. Desde entonces María ordenó confinarlo en una habitación de la casa, hasta ese 18 de septiembre de 1653, día en el que finalmente pasó a mejor vida.

María no acababa de convencerse de que el Señor deseara obrar milagros a través de sus manos, aunque los hechos se oponían a ello. No le quedaba más remedio que aprovechar la simpatía mostrada por el deán de la catedral hacia su hermano Juan, el chantre, pues además desdeñaba públicamente a los reacios que insistían en dudar de la autenticidad de los panecitos.

Para demostrarlo, animó a que otros utilizaran galletas fabricadas en diversos conventos, algunas con imágenes de diversos santos, pero ninguna obtuvo los efectos terapéuticos que se presentaban al ingerir o, incluso, aplicar el panecito de santa Teresa sobre una herida, ni tampoco al colocarlos alrededor del útero de una mujer a punto de parir. Se mezclaron harinas entregadas a María, se escondieron trozos de galletas en un cajón del escritorio del chantre, y el resultado siempre fue el mismo: panecitos reconstituídos con la imagen santa cuando María recibía «la señal». La suerte quiso que en 1657 su hermano fuera ascendido a deán de la catedral de México-Tenochtitlan.

Dos años más tarde el arzobispo Juan de Mañozca volvió a poner en duda la veracidad del milagro. Ni siquiera quiso oír del asunto, mucho

menos recibir tales panecitos. Los carmelitas descalzos del convento de San Ángel consumieron días enteros discutiendo sobre el asunto, pues ¿qué tenía que ver con la santa una vasija, o una docena, para el caso daba lo mismo, hechas precisamente en el poblado de Jocotitlán? Que se supiera, no había reportes de milagros sucedidos en ese lugar del virreinato.

El 10 de julio del mismo 1657, el tribunal de la fe del Santo Oficio determinó que había «algo de embuste» en la manera como se había generado el milagro, así como en los sospechosos pasos del procedimiento. Sin embargo, el caso se desvaneció luego de que María de Poblete visitó a los tíos de sus hijos, a quienes les llevó una edición especial de galletas santas. Entre los asistentes se encontraban un miembro prominente del Santo Oficio, un notario del tribunal y un expurgador, sin mencionar la influencia sutil de Juan de Poblete debido a su puesto en la catedral.

Durante el año santo de 1660 había quienes, a lo largo del virreinato, consideraban los panecitos verdaderas reliquias. El deán quedó sorprendido cuando una mujer mostró dos piezas que había guardado diez años. En todos los casos (o casi) el milagro operaba tanto para un tumor, un dolor, como para una rotura de huesos o de la piel. Cuando sucedía así, todos se maravillaban; cuando no, seguían en lo suyo.

La llegada a la Nueva España del nuevo arzobispo en 1668, fray Payo de Rivera, propenso a fantasear sobre esto y aquello, dio un renovado impulso al milagro. Las voces incrédulas fueron invitadas a guardar silencio mientras la figura de María se afianzaba en el selecto grupo de gente milagrosa, según consta en los autos de 1674.

Fray Payo tenía en gran estima el linaje de los hermanos Poblete, pues pertenecían a familias criollas asentadas desde tiempo atrás en el virreinato. Sus padres, Francisco Millán y Ana María de Poblete, se habían encargado de mantener vivas sus conexiones laicas y religiosas, incluso allende el mar. Así, se carteaba con José Millán Poblete, quien llegó a ser arzobispo en las islas Filipinas.

El mismo Juan de Poblete pasó pronto de ser un simple cura de santa Catarina a canónigo y chantre en Michoacán, más tarde chantre y deán de la catedral de México, y todavía se dio el lujo de rechazar los obispados de Durango y Manila. Inteligente, hombre de ideas, se resistió a ver en los panecitos de santa Teresa su salvoconducto para dejar este mundo sin mayor sobresalto. Aun así, nunca pudo explicar el milagro, simplemente se resignó a aceptar la evidencia.

—¿Quién puede culpar a una madre de pretender alimentar a sus seis vástagos? —Escuchaba decir a la gente.

Se hacía referencia, desde luego, a un alimento espiritual, pues las galletas se regalaban. No obstante, razón no les faltaba en cuanto a asegurar el sustento de sus crías, así que, gracias a las conexiones de la familia de su difunto esposo y la simpatía de sor Andrea, María pudo colocar a varias de sus hijas en el convento de Regina Coeli.

Otra de ellas, Francisca Xavier, fue desposada por el boricua Alonso de Ramírez, aunque por desgracia la joven falleció. Eso empujó al pintoresco carpintero a aventurarse por los siete mares, logrando sobrevivir como esclavo de feroces piratas. A su regreso, tan increíble resultaba su relato, a pesar de que él mismo era la prueba irrefutable de su veracidad, que el virrey le ordenó escribir sus memorias al poeta Carlos de Sigüenza y Góngora, en ese entonces astrónomo real, geómetra y sacerdote secular, las cuales fueron publicadas años más tarde, en 1690, bajo el título de *Infortunios*.

Pasaron tres años, tiempo que tomaron las pesquisas y debates a fin de dilucidar si el milagro de los panecitos de santa Teresa era oficial o no.

Entre 1674 y 1677 desfilaron testigos y era difícil encontrar alguno que no le debiera algún favor al deán Poblete o a alguien de la familia, ya materna ya paterna. Finalmente, el 9 de octubre de 1677 se pronunció el dictamen frente al arzobispo fray Payo y otros clérigos, casi todos carmelitas, así como los implicados, mediante el cual se declaraba el hecho legítimo y sobrenatural. Fray Payo lo celebró.

—¡Regocijaos! —dijo en el púlpito a los cientos de concurrentes—. ¡Habrà de aumentar la devoción de los fieles por la santa!

Las campanas de la catedral repiquetearon, hubo misas en diversos templos de la capital y en otros poblados del virreinato. A lo largo de varios meses se profirieron numerosos sermones en los templos, sobre todo en el convento del Carmen, en el monasterio de Santa Teresa la Antigua, así como en la misma catedral. En todos ellos se ponderaron los beneficios de este milagro consuetudinario, tanto para el cuerpo como para el alma.

Se hizo notar que el agua en la que se reconstituían los panecitos era bendita y, en general, que el pueblo había recuperado fuerzas, había levantado el ánimo. Lo más importante era que el suceso fue certificado, lo cual, por ejemplo, recordaba la desgracia de que el milagro de la aparición de nuestra señora de Guadalupe no hubiese sido debidamente autorizado por escrito en su momento.

Muchos se lamentaban de que los novohispanos del siglo anterior no hubiesen tomado semejantes precauciones formales. Entusiasta defensor del milagro, el padre Núñez de Miranda acababa de confesar a una monja jerónima, bien conocida por él debido a su picardía y lucidez, por lo que comenzó a ofrecerle su interpretación del asunto, sin que ella se lo pidiera.

—Los panecitos representan una asociación con el cuerpo de Cristo, eterno, contrapuesto al de Adán, perecedero. La misma santa Teresa se ha convertido en un símbolo del pan, molida a golpes, convertida en polvo por defender sus virtudes, cocinada en el fuego de la tribulación y anegada en el agua de sus lágrimas. Natura versus farsa. Ahora puede transmutarse, entrar hasta las entrañas de cada fiel y confortarlo. Aprenda, madre Juana Inés, aprenda.

—Aprendo —respondió ella—, luego existo.

Núñez de Miranda gruñó, la reprendió, como era su costumbre.

Recibir semejante espaldarazo aumentó la demanda en forma considerable de panecitos, lo cual obligó a María a comprar más tinajuelas de Jocotitlán.

—La reina de las galletas ya se eleva por los aires —murmuraban los sirvientes.

Se trataba de un milagro revelado a ella y a nadie más, por tanto tendría que redoblar esfuerzos, se dijo. Sin embargo, con el paso de los años dejó de ser tan cuidadosa. Así, omitía cambiar el agua en la que se disolvía el polvo, les daba la espalda a los santos y santas que había mandado colocar en el oratorio, regañaba por cualquier nimiedad a sus sirvientes. Ya nadie sabía quién se había curado gracias a los panecitos o debido a otras causas, pero todo mundo deseaba poseer uno.

Como suele suceder en esta vida, las cosas llegan a su fin y los vientos cambian. El arzobispo fray Payo fue llamado de regreso a España en 1680. Pocos meses más tarde, Juan de Poblete se despedía de este mundo. Una tarde de lluvia y granizo sor Andrea pasó a mejor vida. Sola, sin sus aliados de todos estos años, no cedió ante la melancolía, ni siquiera el día que un grupo de sacerdotes reabrió el caso. Su fortaleza consistía en escuchar las peticiones de toda esa gente que seguía solicitando galletas reintegradas.

—Lo que más me pudre —aseveró fray Francisco Sánchez— es que nos tuvo esperando horas eternas. Llegó la noche sin luna y nada de galletas. Nos retiramos a descansar, sin novedad. Al día siguiente salió a misa en la catedral. Más tarde mandó a un sirviente a por nosotros, aseverando que ya estaba lista nuestra canasta milagrosa. La santa es una bellaca y nos hace muchas burlas.

María de Poblete nunca fue llevada a juicio. Los que la solapaban nunca renunciaron a ello, temerosos de que, al acusarla y condenarla, estarían desafiando los autos avalados por el mismo fray Payo y, en consecuencia, poniendo en duda la autoridad eclesiástica del arzobispado. Ella continuó reuniendo galletas rotas que, a veces sí, a veces no, operaban milagros, hasta su muerte, acaecida en 1687, llevándose a la tumba la fórmula secreta de los panecitos que se negaron a perder la stampa de santa Teresa de Ávila.

Dicen que antes de expirar salieron de su boca frases incomprensibles, dolientes, como si un centenar de ratones chillaran lastimeramente ante el acoso de un veintena de culebras. Luego, en su cuerpo se colaron ánimas de chichiguas, nanas que habitaron aquí antes de la llegada de los castilteca, mujeres sabias que conocían los antiguos secretos para crecer yerba en las ciudades.

CARLOS CHIMAL (Ciudad de México, 1954) se inició como escritor con la beca de Bellas Artes bajo la tutoría de Augusto Monterroso. Octavio Paz lo llamó una *rara avis* de la literatura por su forma peculiar de enlazar la ciencia, la historia y el arte. José Emilio Pacheco lo consideró uno de los escritores más brillantes de su generación. Su novela más reciente es *Una carta al Rey. Las andanzas del fraile Motolinía y sus tlacuilos* (Santillana, 2024).

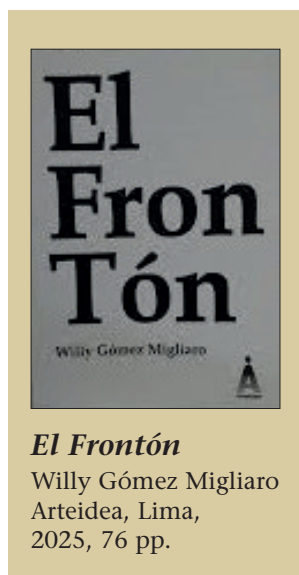
Libros



natal de la autora. En el libro, las jacarandas simbolizan la amistad entre la emisora y el destinatario, pero no solo eso; a lo largo del libro, este árbol de flores violetas y que florece dos veces al año (en otoño y en primavera) va adquiriendo diversas significaciones: «he pensado que soy como una jacaranda, una de mayo en esos breves encuentros que la distancia no nos permite ahora pero que la vida nos sigue regalando, y una de otoño, más tímidamente florecida, cuando estamos lejos pero cojo la pluma para escribirte y me detengo a conversar contigo» (p. 249).

Son este tipo de imágenes las que logran sumergirnos en los ciclos estacionales del libro, usadas tan magistralmente por Inmaculada Lergo que, al final, uno es capaz de sentir que en su alma también florecen y se marchitan las jacarandas de la novela.

FELIPE GUINDO



El Frontón de Willy Gómez Migliaro (Lima, 1968) es una obra que se adentra en la complejidad de la memoria histórica y la violencia en el Perú, utilizando una poesía que desafía las convenciones formales y se arriesga en su exploración temática. La obra se despliega a través de una serie de poemas que abordan la isla de El Frontón, frente a las costas del distrito-balneario de La Punta, en la ciudad-puerto del Callao, de Lima, un lugar emblemático marcado por la impunidad y la tragedia. En estos poemas, el autor articula una crítica aguda a la historia política del país, revelando cómo el paisaje marino se convierte en un testigo silencioso de la violencia dispersa en sus sedimentos. La isla, históricamente punto de encuentro para piratas y corsarios, se convirtió en cárcel en 1917 y, en 1986, en escenario de la masacre de presos a manos de las fuerzas represivas del Estado que motivó su cierre, acontecimiento

plasmado en versos que evocan la memoria social de los peruanos.

Gómez Migliaro utiliza un lenguaje vibrante y evocador, donde cada imagen se convierte en un eco de la historia vivida en esa isla, la más grande del mar peruano. En el primer poema, el autor menciona: «Mar abierto de olas / de nuevo inundables o transicionales entre ellas» (p. 12), lo que sugiere no solo la continuidad del tiempo, sino también el repetido sufrimiento que han experimentado los internos de la isla. La vitalidad de su escritura invita a una lectura tanto visceral como reflexiva, donde el mar y sus olas se convierten en metáforas de la vida y la muerte,

de la esperanza y la pérdida. La repetición de ciertas imágenes, como las olas y el mar, actúa como un hilo conductor que une los poemas (nueve en verso y tres en prosa), estableciendo un diálogo constante entre el presente y el pasado.

La obra se distingue por su audaz experimentación formal, que transforma la dura realidad que aborda en un sentido plástico y expresivo, convirtiendo cada poema en un aparato artístico que invita a la reflexión y a la emoción compartida desde un tono lírico-elegíaco: «Hay una esperanza / si nuestra intención de olvidar prospera, / hay una esperanza que jalas en el relato / de gente resentida con cierta representación / del habla en las organizaciones» (p. 28). Gómez Migliaro juega con la disposición del texto en la página, creando un ritmo que acompaña la cadencia de los versos. Esta práctica, amén de enriquecer la experiencia de lectura, subraya la urgencia de los temas que aborda. La mezcla de lo lírico con lo narrativo permite que el lector se sumerja en las historias que el poeta quiere contar; en ellas, cada poema se convierte en un fragmento de una memoria más amplia. Por ejemplo, al afirmar «Nada de historia / agita mil cuerpos que se revelan / o altivez de un pensamiento ahí / la isla escrita / y si queremos más / un cuerpo sin medida» (p. 10), el autor evoca la resistencia y la revelación de un pasado que persiste a pesar del olvido.

La crítica de la violencia y la búsqueda de justicia son temas centrales en *El Frontón*. Gómez Migliaro no solo documenta el sufrimiento, sino que paralelamente cuestiona la desmemoria y el silencio que rodean los hechos relativos a la masacre de 1986. La figura del pescador, que aparece en varios poemas, simboliza la resistencia ante un pasado doloroso, mientras que el mar se erige como un espacio de reflexión y, a la vez, de peligro. En este sentido, el poeta nos invita a interrogarnos sobre nuestra propia relación con la historia: «¿De quién es ese paisaje? / ¿De quién es ese decir de los inclasificables? / ¿Cómo llegaste a esos cuerpos negros en el suelo?» (p. 34), sugiriendo que la identidad está íntimamente ligada a nuestra memoria común y al reconocimiento del sufrimiento ajeno.

Desde una perspectiva ético-filosófica, *El Frontón* se convierte en un acto de resistencia poética que confronta el silencio impuesto por la violencia. La obra plantea preguntas inquietantes sobre la naturaleza de la memoria y la responsabilidad colectiva, invitando al lector a reflexionar sobre su propio papel en la perpetuación o la ruptura de ciclos de olvido. La afirmación de Gómez Migliaro, «Nadie habla de un genocidio» (p. 13), resuena como un poderoso llamado a reexaminar nuestra historia y a reconocer las narrativas que han sido silenciadas, en particular al referirse a «la más grande masacre en la historia penitenciaria del Perú», como la denomina el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (p. 71). Este contexto histórico es crucial para entender la carga emocional de la obra, que no solo busca dar voz a los olvidados, sino sobre todo incitar a la acción y a la reflexión crítica.

Ilustraré de qué manera la matanza de los penales en 1986, ocurrida durante el primer gobierno de Alan García Pérez, ha sido tematizada en diversas disciplinas

artísticas —como la narrativa, la poesía, la música y las artes plásticas—, que iré mencionando una a una. En primer lugar, con relación a la experiencia carcelaria en general en *El Frontón*, la narrativa se adelantó a los hechos de 1986 mediante el testimonio y la ficción, destacándose el libro de Leoncio Bueno *El sexo entre rejas: relatos de El Frontón* (1970). En esta obra, Bueno, quien vivió en carne propia la brutalidad del régimen y el confinamiento en la isla, utiliza su experiencia para ofrecer relatos que capturan la realidad de los presos políticos. Su escritura no solo da cuenta del sufrimiento y la resistencia de quienes fueron encarcelados, sino que también revela la complejidad de las relaciones humanas en un entorno tan opresivo. A través de su narrativa, el autor da voz a los olvidados, transformando su dolor en literatura que trasciende el tiempo y el espacio. Bueno, quien se vio obligado a escribir durante su encarcelamiento, encontró en la creación literaria una forma de resistencia y una manera de documentar la injusticia que vivió. Así, su obra se convierte en un testimonio crucial que complementa la poesía de Gómez Migliaro, creando un diálogo entre el arte y la realidad histórica, y subrayando la importancia de recordar y confrontar los horrores del pasado.

La poesía también ha sido un vehículo poderoso para confrontar y recordar la violencia en el Perú, como se evidencia en «19 de junio» de José Antonio Mazzotti, incluido en su poemario *Castillo de popa* (1988). Este poema, que se abre con el epígrafe «Forget not» («No olvidar») del poeta inglés John Milton, establece un fuerte reclamo a la memoria colectiva, instando a no olvidar lo sucedido en el país ese día, cuando se registró la masacre en El Frontón. Mazzotti utiliza la personificación para dar vida a una noticia que «se había levantado bostezando», lo que banaliza la tragedia y la inserta en lo cotidiano, un contraste que resalta la sorpresiva brutalidad del evento. La voz poética se dirige a un «tú» que puede ser el lector o un eco de su propia conciencia, marcando una distancia crítica respecto al «todos». La repetición de «¡Cadáveres, cadáveres, cadáveres!» revela el horror de una represión que afecta a la sociedad en su conjunto, transformando al sujeto poético en un cadáver más, un símbolo de la deshumanización provocada por el Estado. Al igual que *El Frontón*, este significativo poema de Mazzotti se convierte en un acto de resistencia ante el olvido y un llamado a la acción, revelando la conexión entre la memoria histórica y la identidad social del Perú.

La memoria de la matanza también encontró eco en el ámbito musical, donde el grupo de rock-fusión Del Pueblo y del Barrio se refiere a ella en la canción «Coche-bomba» (1987), al igual que la banda subterránea Voz Propia, que aborda el tema en «Hacia las cárceles» (1987). El vocalista de Voz Propia, Miguel Ángel Vidal, recuerda un concierto de julio de 1988 en la Feria Internacional del Pacífico en el que, tras pegar un dibujo del Che Guevara en el fondo del escenario, lanzaron una paloma muerta al público como «señal de la paz», mientras interpretaban esta canción alusiva a la reciente matanza de los penales (Cornejo Guinassi, *Alta tensión*, p. 256). Estos ejemplos artísticos refuerzan la urgencia del mensaje de Gómez

Migliaro, subrayando la necesidad de enfrentar y recordar el pasado doloroso, un imperativo ético que se manifiesta de manera contundente en *El Frontón*.

Finalmente, las artes plásticas elaboraron respuestas visuales que fijaron la masacre en la memoria cultural. José Ruiz Durand evoca este horror en su serie fotográfica *Memorias de la ira* (1987), analizada por Gustavo Buntinx en su ensayo «Pintando el horror» (*Batallas por la memoria*, pp. 315-335). Asimismo, Anselmo Carrera aborda la tragedia en seis piezas de serigrafía y pintura sobre papel (1990), y el taller «NN» propone la serie *Carpeta negra* (1989), que reflexiona sobre la memoria de la violencia y los mitos ideológicos que la envuelven. La obra *Caja negra* (2001) de Alfredo Márquez y Ángel Valdez se inserta también en este horizonte, y ha sido objeto de un análisis detallado por Ramón Mujica Pinilla en «Barroco y nuevo milenio» (*Hueso Húmero*, pp. 42, 54-61).

En conjunto, los testimonios que emergen desde la narrativa, la poesía, la música y las artes plásticas constituyen un entramado de memorias que desbordan lo estrictamente documental. Cada disciplina aporta un registro singular: la narrativa transmite la experiencia vivida desde la voz del testigo; la poesía condensa la emoción y el reclamo ético; la música canaliza la rabia y la denuncia popular; y las artes plásticas inscriben en imágenes el trauma de la violencia. Al articularse, estas expresiones revelan no solo la persistencia de la herida, sino también la potencia del arte como un espacio de resistencia simbólica frente al olvido y como una herramienta indispensable para pensar el presente y proyectar un futuro distinto.

En conclusión, *El Frontón*, de Willy Gómez Migliaro, se erige como una obra cardinal en el entramado de memorias que diversas expresiones artísticas han elaborado en torno a la masacre de 1986 y a la experiencia carcelaria en la isla. Su propuesta poética, atravesada por un lirismo tenso y un aliento ético, no solo dialoga con testimonios narrativos, poemas, canciones y obras visuales, sino que los condensa en un lenguaje capaz de convertir el dolor en resistencia simbólica. Así, la voz del poeta se suma a ese coro plural que ha insistido en que la violencia no puede borrarse del imaginario colectivo ni ser relegada a un pasado clausurado.

Pero el valor de este libro va más allá de su función conmemorativa. *El Frontón* se convierte en un laboratorio estético donde la experimentación formal —el juego con el espacio en la página, la alternancia de verso y prosa, la repetición obsesiva de imágenes— refuerza la urgencia de recordar y pensar críticamente. En un país donde las políticas del olvido han buscado neutralizar las huellas del horror, la poesía de Gómez Migliaro abre un espacio de resistencia y de interpelación, recordándonos que la memoria no es solo un deber ético, sino también una práctica creativa que permite imaginar futuros distintos. Su obra, en suma, transforma la herida en palabra y la convierte en una posibilidad de encuentro, diálogo y una esperanza que arde y se renueva en el latido compartido de la memoria.